



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO XII.

Fin de la historia de Escipion.



CASIONES hay en que el mal ejemplo suele producir buenos efectos. La conducta que el jóven Velazquez habia tenido, me obligó á hacer serias reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mi inclinacion á hurtar, y me propuse vivir como hombre honrado. El hábito que yo habia contraido de apoderarme de cuanto dinero podia haber á las manos, se habia radicado en mí con actos tan repetidos, que no era fácil de vencer. Sin embargo, esperaba lograrlo, persuadido de que para ser virtuoso no es menester mas que quererlo de veras. Empeñé, pues, esta grande obra, y el cielo bendijo mis esfuerzos: dejé de mirar con ojos codiciosos el arca del mercader anciano, y aun creo que aunque hubiera estado en mi mano sacar de ella algunos talegos, no los hubiera tocado: sin embargo confesaré que hubiera sido gran imprudencia poner á esta prueba mi integridad reciente, de lo cual se guardó muy bien Velazquez.

Concurria frecuentemente á su casa un caballero jóven de la órden de Alcántara, llamado Don Manrique de Medrano. Todos le estimábamos mucho porque era uno de nuestros parroquianos mas nobles, aunque no de los mas ricos. Prendóse tanto de mí este caballero, que siempre que me encontraba se detenía á hablar conmigo, mostrando gusto en ello.—Escipion, me dijo un dia, si yo tuviera un criado de tu buen humor, creeria poseer un tesoro, y si no estuvieras con un sugeto á quien estimo, nada omitiria para atraerte á mi servicio.—Señor, le respondí, eso le costaria muy poco á V. S., porque tengo inclinacion á las personas distinguidas: este es mi flaco: sus modales caballerosos me encantan.—Siendo eso así, me replicó Don Manrique, quiero suplicar á mi amigo el Señor Baltasar que permita te pases de su servicio al mio, y creo que no me nega-

rá este favor. Concedióselo Velazquez inmediatamente, y con tanta mayor facilidad, cuanto que se persuadía que la pérdida de un criado bribon no era irreparable. Por mi parte me alegré de esta traslacion, no pareciéndome el criado de un mercader sino un desharrapado en comparacion del criado de un caballero de Alcántara.

Para hacer á ustedes un retrato fiel de mi nuevo amo, les diré que era un mozo arrogante, que encantaba á todos por sus apacibles costumbres y por su talento, y que ademas tenia mucho valor y probidad. Solo le faltaban bienes de fortuna; pero siendo el segundo de una casa mas ilustre que rica, se veia obligado á vivir á espensas de una tia anciana residente en Toledo, que, amándole como si fuera hijo suyo, cuidaba de suministrarle cuanto dinero habia menester para mantenerse. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas partes era bien recibido. Visitaba las principales señoras de la ciudad, y entre otras á la marquesa de Almenara, que era una viuda de setenta y dos años, cuyos modales, atractivos y agudeza de entendimiento atraian á su casa toda la nobleza de Córdoba. Damas y caballeros gustaban de su conversacion, y su casa se llamaba *la buena sociedad*.

Mi amo era uno de los que mas frecuentemente obsequiaban á esta señora. Una noche que acababa de separarse de ella, me pareció verle en un desasosiego que no era natural.—Señor, le dije, parece que V. S. está agitado: ¿podrá este fiel criado saber la causa? ¿Le ha acontecido á V. S. alguna cosa extraordinaria? Mi amo se sonrió á esta pregunta, y me confesó que con efecto le ocupaba la imaginacion una conversacion seria que acababa de tener con la marquesa de Almenara.—Me alegrara, le dije riéndome, que esa niña setentona, hubiese hecho á V. S. una declaracion de amor. Pues no lo tomes á chanza, me respondió: has de saber, amigo mio, que la marquesa me ama. Me ha dicho:—Me compadece tanto vuestra escasa fortuna, cuanto aprecio vuestra distinguida nobleza: os miro con particular inclinacion, y he determinado daros mi mano para proporcionaros un estado cómodo, no pudiendo decentemente enriqueceros de otro modo. Preveo que este enlace dará mucho que reir de mí al público; que seré el objeto de las murmuraciones, y que todos me tendrán por una vieja loca que quiere casarse. No me da cuidado; todo lo despreciaré por proporcionar á vd. una suerte venturosa; y lo único que temo, me ha añadido, es que mostreis repugnancia al cumplimiento de mi deseo.

—Esto es lo que me ha dicho la marquesa, prosiguió mi amo. Teniéndola, como la tengo, por la señora mas juiciosa y prudente de Córdoba, considera lo admirado que quedaria yo de oirla hablar en aquellos términos. Le he respondido que me maravillaba de que me hiciese el ho-



nor de proponerme su mano una señora que siempre habia persistido en la resolucion de subsistir viuda hasta la muerte. Á esto me ha replicado que poseyendo tan considerables bienes queria hacer participante de ellos en vida á un hombre honrado á quien estimaba.—Sin duda, le repliqué entónces, que V. S. está ya resuelto á saltar la valla.—¿Puedes dudarle? me respondió mi amo. La marquesa es dueña de inmensos bienes, y tiene prendas eminentes: era preciso estar loco para malograr un establecimiento tan ventajoso para mí.

Alabéle mucho el pensamiento de aprovechar tan escelente ocasion de adelantar su fortuna, y aun le persuadí que acelerase los preparativos: tanto era el miédo que yo tenia de que se frustrase este enlace. Pero por fortuna la marquesa estaba mas deseosa que yo de que se realizara; y á este fin dió órdenes tan eficaces, que en pocos dias se dispuso todo lo necesario para celebrar la boda. Apenas se esparció por Córdoba la voz de que la marquesa vieja de Almenara se casaba con Don Manrique de Medrano, cuando comenzaron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotaron todas sus bufonadas y chocarrerías, no aflojó ésta un punto en su resolucion. Dejó hablar á los ociosos, y se fué muy sosegada á la iglesia con su Don Manrique. Celebróse la boda con tan gran fausto, que dieron nuevo motivo á la murmuracion. La novia, se decia, debiera, á lo menos por pudor, haber suprimido la pompa y el estrépito como impropios en la boda de viudas ancianas que se casan con mozos.

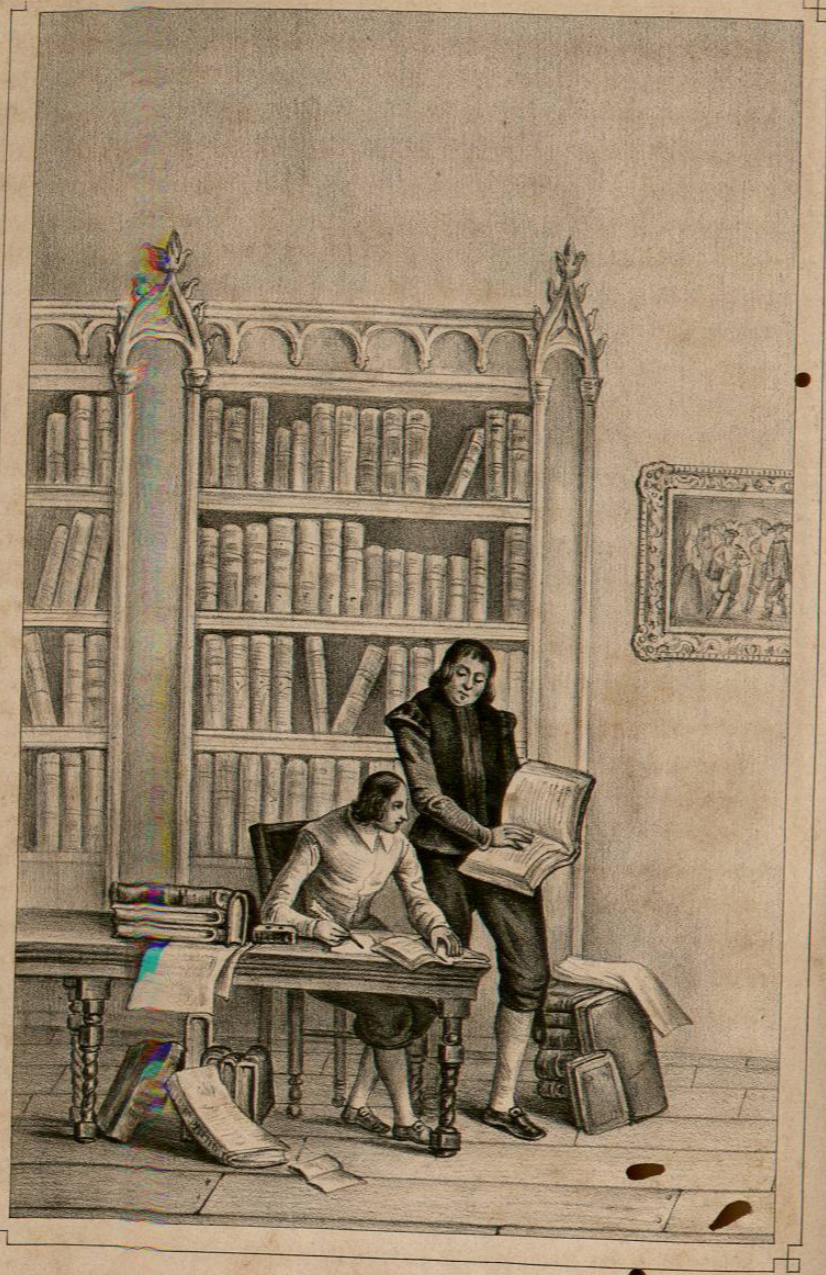
La marquesa, lejos de mostrarse avergonzada de ser á su edad esposa de un jóven como aquel, se entregaba sin reserva al gozo que en ello experimentaba. Toda la nobleza cordobesa de uno y otro sexo estuvo convidada á una espléndida cena, y á un baile no menos suntuoso que siguió despues; al fin del cual nuestros recién casados desaparecieron para ir á una habitacion donde, encerrándose con una criada mayor y conmigo, la marquesa dirigió á mi amo estas palabras:—Don Manrique, ved aquí vuestro cuarto, el mio está al otro extremo de la casa; de noche cada uno estará en el suyo, y por el dia viviremos juntos como madre é hijo. Al principio se engañó mi amo, creyendo que la señora no le hablaba de aquella suerte sino para obligarle á que le hiciese una dulce violencia; é imaginándose que por buena correspondencia debia mostrarse apasionado, se acercó á ella, y se ofreció con vivas instancias á servirle de ayuda de cámara; pero ella muy lejos de permitir que la desnudase, le desvió con semblante sério, diciéndole:—Deteneos, Don Manrique; si me teneis por una de esas viejas verdes que vuelven á casarse por fragilidad, estais equivocado: no me he casado con vos sino para proporcionaros las ventajas que puedo por nuestro contrato matrimonial. Este es

un don gratuito de mi corazón, y no escijo de vuestro reconocimiento sino demostraciones de amistad. Dicho esto nos dejó á mi amo y á mí en nuestro cuarto, retirándose ella al suyo con su criada, y prohibiendo absolutamente al caballero que la acompañase.

Después que se retiró, permanecimos los dos un gran rato atónitos de lo que acababamos de oír.—Escipion, me dijo mi amo, ¿esperabas oír lo que me ha dicho la marquesa? ¿Qué juicio haces de una señora como ésta?—Juzgo, señor, le respondí, que es de lo que no hay.—¿Qué dicha tiene vd. en poseerla! Esto se llama un beneficio simple sin carga.—Yo, replicó Don Manrique, no acabo de admirar el carácter de una esposa tan apreciable, y pretendo compensar con todas las atenciones imaginables el sacrificio que ha hecho por mí. Continuamos hablando de la señora, y después nos retiramos á dormir, yo en una cama que habia en un cuartito inmediato, y mi amo en otra regalada y magnífica que le habian puesto; y en la cual creo que allá en lo íntimo de su corazón no le pesó mucho dormir solo, quedando pagado de ello con un ligero susto.

El día siguiente comenzaron de nuevo los regocijos, en los que la recién casada se mostró de tan buen humor, que dió nuevo pábulo á las chanzonetas de los zumbones. Ella era la primera que se reía de lo que decian, les escitaba á chancearse y aun les daba pié para que aumentasen la chacota. El caballero por su parte no se mostraba menos contento que su esposa; y al ver el aspecto cariñoso con que la miraba y le hablaba, se hubiera dicho que estaba enamorado de la ancianidad. Aquella noche tuvieron los dos esposos otra conversacion, y quedaron de acuerdo en que sin incomodarse uno á otro vivirían del mismo modo que lo habian hecho antes de su casamiento. Sin embargo, merece elogiarse la conducta de Don Manrique; hizo por consideracion á su muger lo que pocos maridos hubieran hecho en su lugar, que fué apartarse del trato que tenia con cierta señorita de la clase media, á quien amaba y de la que era correspondido, no queriendo, decia, mantener una amistad que parecería insultar la delicada conducta que su esposa observaba con él.

Mientras estaba dando unas pruebas tan visibles de agradecimiento á esta señora anciana, ella se las pagaba con usura, aunque las ignorase. Hízole dueño del arca de su dinero, que valia mas que la de Velazquez. Como habia reformado su casa durante su viudez, la restituyó al mismo pié en que estaba en vida de su primer marido: aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de caballos y mulas; en una palabra, por sus generosas bondades el caballero mas pobre del orden de Alcántara llegó á ser el mas opulento de ella. Acaso me preguntarán ustedes, qué saqué de todo esto: mi ama me regaló cincuenta doblones y mi amo ciento, haciéndome además su secretario con el sueldo de cuatrocientos es-



cudos; y aun hizo de mí tanta confianza que me nombró su tesorero.

—¡Su tesorero! exclamé, interrumpiendo á Escipion cuando llegó á este paso, y riéndome á carcajadas.—Sí, señor, me replicó con semblante sereno y formal, sí, señor, su tesorero; y aun me atrevo á decir que desempeñé con honor aquel empleo. Es verdad que acaso habré quedado debiendo alguna cosilla á la caja; porque como me cobraba anticipadamente de mi salario, y dejé de repente el servicio del caballero, no es imposible que haya resultado en la cuenta algun alcance; de todos modos es la última reconvencion que se me podrá hacer, supuesto que desde entonces acá he sido un hombre lleno de rectitud y de probidad.

—Hallábame, pues, continuó el hijo de la Coscolina, de secretario y tesorero de Don Manrique, que vivia tan satisfecho de mí como yo lo estaba de él, cuando recibió una carta de Toledo, en que le noticiaban que su tia Doña Teodora Moscoso estaba á los últimos de su vida. Le fué tan dolorosa esta noticia, que al momento partió á dicha ciudad para asistir á aquella señora, que hacia muchos años desempeñaba con él los oficios de madre. Acompañéle en aquel viage con un ayuda de cámara y un lacayo solamente; y montados todos cuatro en los mejores caballos de la cuadra, llegamos en posta á Toledo, en donde encontramos á Doña Teodora en tal estado, que nos dió esperanzas de que no moriria de aquella enfermedad. Con efecto no desmintió el resultado nuestros pronósticos, aunque contrarios al de un médico viejo que la asistia.

Mientras que la salud de nuestra buena tia se iba restableciendo visiblemente, menos quizá por los remedios que le hacian tomar, que por la presencia de su querido sobrino, el señor tesorero empleaba su tiempo lo mas alegremente que podia con ciertos jóvenes, cuyo trato era muy á propósito para proporcionarle ocasiones de gastar su dinero. Llevábanme algunas veces á los garitos en donde me incitaban á jugar con ellos, y como yo no era tan diestro jugador como mi amo Don Abel, perdía muchas mas veces de las que ganaba: insensiblemente me iba aficionando al juego, y si me hubiera entregado del todo á esta pasion, sin duda me hubiera precisado á tomar de la caja algunas mesadas anticipadas; pero por fortuna el amor salvó la caja y mi virtud. Pasando yo un dia cerca de la iglesia de San Juan de los Reyes, ví asomada á una celosía, cuyas portezuelas estaban abiertas, á una linda niña, que mas parecia deidad que criatura. Si encontrara otra voz mas espresiva, usaria de ella para dar á entender á ustedes la fuerte impresion que sentí al verla. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella de Doña Julia, hija segunda del conde de Polan.